

Iain Reid

DISPERSIÓN

Traducido del inglés por Cristina Martín Sanz

Título original: *We Spread*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo
con The Foreign Office y Transatlantic Literary
Agency, Inc.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Iain Reid, 2022

© de la traducción: Cristina Martín Sanz, 2023

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2023

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1148-109-0

Depósito legal: M. 26.320-2022

Printed in Spain

Para Eliza

«Te he escrito esta carta en un día feliz para mí,
que es también el último día de mi vida.»

DE EPICURO PARA IDOMENEO DE LÁMPSACO

Primera parte

Era artista. Un pintor prolífico, virtuoso y distinguido. Impresionaba con su audacia y su inventiva. Le gustaba sorprender y confundir. A lo largo de muchos años refinó su estética de la confusión ordenada y exagerada. Ganó admiradores, imitadores, mecenas. Llamaba «loros» a los artistas más jóvenes que, según él, intentaban reproducir su estilo. Un periodista refirió que se sentía «vapuleado emocionalmente» por sus obras. Durante el tiempo en que yo lo conocí, jamás flaqueó en su afirmación de que su única obsesión era producir más obras y no agotarse ni desaparecer.

Recibía correo de sus admiradores en nuestro apartamento: tarjetas y cartas enviadas desde todo el país, incluso desde Europa. A veces iban dirigidas simplemente al Artista, lo cual provocaba que pusiera los ojos en blanco en un gesto de fingida humildad. Los estudiantes hablaban de él, lo interpretaban. Daba charlas en las que los asistentes le rogaban que proporcionase aclaraciones o explicaciones más amplias sobre su obra y que ofreciera algún consejo a los aspirantes a pintores. No tenía la fama que tienen los actores o los músicos, pero, en un nicho concreto de devotos surrealistas, era una persona venerada y célebre.

Sin embargo, ninguno de ellos lo conocía como yo. Yo lo conocía de la manera más íntima en que una persona pue-

de conocer a otra. Yo lo conocía de una manera en que no lo conocía nadie, ni sus admiradores ni sus amigos ni sus familiares. Yo lo conocía, creo, tal como él se conocía a sí mismo.

A lo largo de los años que pasamos juntos, fui testigo de la invisible anatomía que daba forma a su identidad. La gente pensaba que era inmune a las tendencias, a encajar en la sociedad. Pero no lo era. Exigía una mancomunidad de reacciones y buscaba la aceptación. Era muy escandaloso en todo lo que hacía.

En ocasiones, comprendemos a las personas que tenemos más cerca de manera repentina. Otras veces, tardamos varias décadas. Las obras de mi compañero transmitían algo espiritual; pero, al fin y al cabo, era muy humano, muy mortal, un hombre que, como tantos otros, con el tiempo fue perdiendo el interés, la curiosidad y la atención. Fue algo a la vez entrañable y decepcionante. Al final me di cuenta de que, más que nada, mi compañero era un conformista.

No éramos desgraciados en nuestra vida en común. Reñíamos como cualquier pareja, sobre todo cuando éramos jóvenes. Pero en los años posteriores nos peleábamos por tonterías, como la temperatura que había que fijar en el termostato. En los primeros años de convivencia, algunas noches tomábamos vino blanco y conversábamos en francés chapurreado. Aunque no lo entendíamos del todo, nos encantaba cómo sonaba.

A medida que fuimos haciéndonos mayores, empezamos a pasar más tiempo separados, incluso cuando los dos estábamos en casa. Él odiaba el hecho de envejecer y no se fiaba de su cuerpo, que ya iba debilitándose. El amor que yo sentía por él disminuyó y se desmoronó. No había nada que lo sujetara. Se había acabado el misterio. Ya no quedaba nada por descubrir. El asombro fue reemplazado por el conocimiento. Al final, ya no era solo que lo conociera; había llegado a entenderlo completamente.

Él me decía que yo era una persona de ánimo variable y demasiado empática para mi propio bien. Que evitaba las confrontaciones, y que él había pasado años intentando que fuera menos nerviosa, menos mansa y sumisa, y que yo siempre andaba sufriendo alguna lucha interna. Se preocupaba por trivialidades tanto como yo. La diferencia era que él, a diferencia de mí, sabía disimularlo.

Antes de morir, estando muy enfermo, me dijo que tenía mucho miedo. Le aterrorizaba volverse obsoleto y caer en el olvido. Antes de ese momento, nunca había reconocido tener miedo. Nunca. Me dijo que cuando la muerte se encuentra tan cerca, cuando está ahí mismo, la intensidad del miedo es enorme. No quería morir. Deseaba con desesperación tener más tiempo. Dijo que había muchas cosas que quería hacer. Dijo que también tenía miedo por mí, que le asustaba que yo tuviera que enfrentarme en soledad al final de la vida.

En eso llevaba razón. En estos momentos me encuentro cerca del final, y estoy sola. Soy muy vieja y estoy muy sola. Ya llevo así un tiempo, rodeada por los lánguidos montones de objetos que atestiguan una vida ya vivida: discos de vinilo, tientos vacíos, ropa, vajilla, álbumes de fotos, revistas de arte, dibujos, cartas de amigos, la biblioteca de libros en rústica que llenan mis estanterías. No es de extrañar que me haya quedado atascada en el pasado, pensando en mi compañero, en los días que pasamos juntos, en la forma en que comenzó y terminó nuestra relación. Me siento envuelta por el pasado. Llevo más de cincuenta años viviendo en este mismo apartamento. El hombre con el que me mudé a vivir aquí, el hombre con el que más tiempo he pasado a lo largo de toda mi vida, me decía en momentos de intimidad, aquí mismo, en el apartamento, ambos acostados en nuestra cama, que el hecho de ser demasiado sensible iba a suponer mi perdición.

—El sensible eras tú —digo ahora dirigiéndome a la habitación vacía—. Tú eras el temeroso.

No me queda rabia, ni resentimiento, ni lástima. Es un sentimiento de decepción, de duelo por mi ingenuidad.

Recorro el salón con la mirada.

Hay montones de libretas y cuadernos de bosquejos, dibujos y fotografías. La primera obra de arte que he poseído en toda mi vida se halla enterrada por ahí, en alguna parte. Fue un regalo de mi padre. Se trata de una diminuta versión impresa del árbol de la vida, lo bastante pequeña para caber en una mano. Nunca la he colgado en la pared, porque no quería que la viese nadie más.

Hay dos estanterías repletas de libros en rústica. Estoy perdiendo mi capacidad de atención; ahora me cuesta trabajo leer novelas o cualquier clase de libro. Antes, leía uno o dos libros por semana. Literatura de ficción, novelas históricas, comedias. Devoraba los libros de ciencias y naturaleza.

Debajo de la mesa de centro hay una caja llena de esculturas pequeñas de cerámica. Las hice cuando tenía veintitantos años. Y tengo muchos discos, pero ya no escucho música.

En un momento dado, no eran tan solo objetos; significaban mucho para mí, todos ellos. Músculo que se ha transformado en grasa.

El sillón de mi sala de estar es el único sitio en el que me siento. Es donde veo la televisión. Es donde me echo la siesta. Es donde como. Tengo un cuenco de sopa roja delante de mí, en la bandeja, y la habitación está iluminada por una única lámpara. Anoche, para cenar, me comí la primera mitad de la lata. Me tomo este caldo salado sin experimentar placer. No duermo bien por la noche. Mi cuerpo está cansado. Me duele la rodilla.

Me siento aquí, en mi sillón, desde media tarde hasta que se hace de noche, cuando me doy cuenta de que ya debe de ser la hora de irme a la cama. No tengo mucho apetito. Nunca lo he tenido, pero con la edad me ha ido disminuyendo. No es que comer me desagrada; entiendo que es esencial. Principalmente, me tomo la sopa porque está caliente, aunque en las últimas cucharadas ya no. Comer con voracidad, engullir como hacen algunas personas, nunca me ha resultado apetecible. No he podido hacerlo. Yo como despacio. La comida caliente siempre se me queda fría.

Antes me gustaba cocinar para mí misma y para otros. Adoraba ver cómo mis amigos se comían lo que yo les preparaba. Me resultaba placentero recoger las servilletas sucias después de una comida, porque eran testimonios de la satisfacción compartida. Cada pocas semanas, organizábamos ce-

nas multitudinarias, animadísimas. Abríamos botellas de vino y hablábamos de política, arte, religión, música, películas. Bailábamos, cantábamos, jugábamos a juegos, reíamos.

La mayoría de nuestros amigos procedían del mundo del arte, pero también había vecinos del edificio y gente que conocíamos del barrio. Yo invitaba a colegas del trabajo. Trabajé de cajera en el mismo banco durante más de veinticinco años. Fundamentalmente, me dedicaba a depositar ingresos. La última vez que fui por allí, hace una eternidad, ya no encontré ni una sola cara conocida. No reconocí a nadie.

Todos los domingos preparaba una olla enorme de caldo de huesos que adquiría un color caoba. Se convirtió en una tradición del invierno. El apartamento iba llenándose poco a poco de ese penetrante aroma, que luego permanecía varios días pegado a nuestras ropas. Asaba pollos enteros de dos en dos y hacía tortillas de champiñones y ensalada de rúcula aliñada con una vinagreta de limón. Mis galletas de mantequilla eran famosas en el edificio; siempre hacía suficientes para regalar la mitad.

Pero mi comida favorita era la más simple. Un huevo frito, con la yema líquida, acompañado de un trozo de pan tostado con mantequilla para mojarlo en la yema. Aprendí a hacerlo cuando tenía nueve o diez años. Ese almuerzo, junto con una taza de té muy caliente, era algo que me bastaba para alimentarme una y otra vez. En la actualidad, lo que como más a menudo es sopa y galletas saladas.

Vuelvo a recorrer el salón con la vista. Todo está muy pasado de moda. Hasta yo me doy cuenta. Trasnocado. Gastado. Sorprendentemente, esto era antes un cuarto de estar; ahora no es más que un sucio almacén de trastos. Un trastero desaliñado y confinado para periódicos viejos, para cachivaches de todo tipo, para manchas en la moqueta y para mí.

Me acerco una cucharada de sopa a la nariz antes de probarla. No huelo nada. La cuchara, ya vacía, se me escapa de la mano y cae a mis pies. Cuando me agacho para recogerla, siento una opresión en el pecho y empiezo a toser. Al principio es poco, pero luego se convierte en un acceso de tos importante.

Cuando la tos cede por fin, siento que me resbalan lágrimas por la cara.